

EL HOMBRE, ESTE DESEQUILIBRADO

Escribe: ALVARO SANCHEZ

No obstante el ambiente de nuestro siglo tan dominado por el maquinismo, saturado de angustia, entregado a la afanosa actividad exterior, preocupado casi exclusivamente por la conquista de lo positivo, alérgico a los valores del espíritu, a la vida interior, no faltan cultivadores de las disciplinas filosóficas, y harto destacados como para imponer su nombre y tener muchos y muy asiduos lectores. ¿Quién ignora a Gilson, (nuestro visitante el año pasado), autor de libros extraordinarios sobre los máximos pensadores escolásticos? Brehier es autor bien conocido por su Historia de la Filosofía, denso trabajo de investigación citado como autoridad en la materia; Cassirer es famoso por su Filosofía de la Ilustración; Grabmann, se hizo célebre por sus estudios sobre la Filosofía Medieval; Jolivet adelantó estudios fundamentales sobre los más célebres existencialistas; Manser, alemán, es un sutil estudioso del pensamiento del Aquinatense; Jaeger es autor de un profundo estudio sobre los Ideales de la cultura griega; Maritain es acaso el mejor expositor actual de la filosofía escolástica. Hasta la América Latina se ha hecho presente en los campos de la Filosofía actual: es de reciente publicación el ensayo de Quiles "Mas allá del existencialismo"; ¿y cómo no mencionar a Santayana cuyos ensayos lo acreditan como destacado pensador?

Entre los más importantes cultivadores de la Filosofía, en nuestros días, ocupa lugar importantísimo Miguel Federico Sciacca. De su último libro, en su versión castellana, nos vamos a ocupar comentándolo brevemente. Oriundo de Giarre, provincia de Catania (Italia) llevó en su niñez y en su juventud una vida ajena a toda disciplina; era un señorito consentido. De claro talento leía con pasión cuanto caía en sus manos; precoz en su desarrollo intelectual dio justos motivos de preocupación a sus padres. Alumno del Liceo de Catania, iniciado en los estudios de literatura y filosofía, aprendió el griego y frecuentó la lectura de Demócrito y de Epicuro. A los catorce años, con el estudio de las literaturas modernas, particularmente con la lectura de Leopardi, perdió totalmente la fe de su infancia. El mismo Sciacca lo cuenta en su leído "Mi itinerario a Cristo".

Leyó luego a Gallupi y a Antonio Aliotta, cuyos "Clásicos del Pensamiento" no se le caían de las manos. Otra de sus lecturas favoritas fue la de los Diálogos de Platón. Concluidos sus estudios en el Liceo, su padre lo envió a la Universidad de Nápoles; allí leyó a Croce, a Gentile, a Kant, a Fichte y a Hegel. Según él mismo refiere, lo entusiasmaron las novelas de Dostoiévsky y las comedias de Pirandello. Gentile lo hizo estudiar al filósofo más leído entonces en Italia, Rosmini, cuyos "Principios de Cien-

cia Moral" e "Historia comparada y crítica de los sistemas en torno a los principios de moral", así como un documentado estudio sobre los Diálogos de Platón, le abrieron no sospechados puntos de vista y dilatados horizontes. La lectura de las obras de Blondel, "La Acción", "El Pensamiento", "El Ser y los Seres, La Filosofía y el Espíritu Cristiano", lo acercaron a San Agustín; y este ambiente de intelectualismo puro lo llevó de nuevo a la fe. De suerte que Rosmini, Blondel y San Agustín hicieron del señorito de Catania, un egregio pensador cristiano.

Enumeremos ahora la obra de Sciacca, traducida ya al español: "Historia de la Filosofía", "La Existencia de Dios", "San Agustín", "Herejías y verdades de nuestro tiempo", "Dios y la Religión en la Filosofía actual", "La Hora de Cristo", "El Problema de la Educación", "La Iglesia y el mundo moderno", "Mi itinerario de Cristo", "El hombre, este desequilibrado". A más de la copiosa labor como publicista, ha consagrado muchos años de su vida al magisterio. Actualmente es catedrático de Filosofía teórica en la Universidad de Génova.

El libro que ha suscitado estas páginas, previa una introducción sobre el sujeto humano y la problemática filosófica, consta de tres partes: en la primera estudia la condición humana y su estructura; es de carácter preferentemente ontológico. En la segunda, de empeño ético, analiza trascendentales problemas morales; y en la tercera y última, se encara con la difícil e importantísima cuestión de la inmortalidad personal, la supervivencia más allá de la muerte.

En la primera parte, creo que es de fundamental importancia la sutil investigación de los conceptos de individuo y persona, lo mismo que las cuestiones planteadas con el título de "La persona humana como valor y realización integral de valores". Quizá algún lector encuentre tales temas sobrado teóricos y por ende de escaso interés. Confieso que un volumen de problemas metafísicos no es de fácil lectura. Equivocado andaría quien creyese que la obra de Sciacca mencionada en estas líneas, se puede simplemente hojear o leer como quien dice en un vagar; no, es libro que exige y merece estudio y meditación muy atenta. La lectura de sus páginas enriquece la inteligencia y da, no entretenimiento a la imaginación, sino pavla al pensamiento. ¡Qué deducciones tan lógicas y tan importantes para el orden moral se deducen de establecer con exactitud los conceptos de individuo y persona! ¡Por qué las actividades múltiples que presenciamos cada día y en las que nos vemos envueltos como en un inquieto oleaje, tienen más de actividad de colmena que de vivir humano sino porque nos sentimos más individuos que personas? Hoy se habla mucho del respeto debido a la persona humana, mas creo que no haya muchos que acierten a explicar y a definir tal concepto, indispensable para deducir sus responsabilidades, para señalar el alcance de su actividad. ¿No será la ignorancia de los graves problemas metafísicos, o la indiferencia ante ellos, la causa íntima de tanta pobreza de pensamiento como se advierte en nuestra producción literaria, en las creaciones de nuestros artistas, que intentan suplir con extravagancias la falta de originalidad?

En la segunda parte, lógica consecuencia de los temas metafísicos expuestos en la primera, aborda serios problemas éticos. He aquí el título

del capítulo inicial: "El equilibrio normal de la voluntad moral y su humanidad profunda". Aquí encontramos la explicación del título de la obra. Comienza por recordar la leyenda de Diógenes, que pasó la madurez de su vida, armado de una linterna, en la búsqueda de un hombre. El buscaba un hombre (dice Sciacca); yo, después de miles de años, también busco entre tantos hombres, y aquellos que se plantearon el problema de sí mismos, lo han buscado siempre. Naturalmente estando así las cosas, no hablo ni escribo para aquellos insulsos que viven su vida entera con plena e invariable satisfacción de sí mismos. Nosotros llevaremos la dialéctica de la vida moral, hasta su profundidad, hasta hallar la normalidad de la voluntad, es decir, hasta el punto en que ella realiza la norma de su fuerza normal".

Sciacca encuentra que esta angustia, incertidumbre y desconcierto en que vivimos, arranca de lo interior. Es verdad que el mundo exterior, que las entidades extramentales aportan sus problemas, pero si el hombre no estuviese desequilibrado, fácilmente hallaríamos la solución. El capítulo final de la segunda parte es de una profundidad maravillosa; "Solidaridad del pensamiento y de la vida", es su título. ¿Quién podrá negar que la vida, lo propiamente humano, tiene sus hondas raíces en el pensamiento? Si como arriba dijimos, la pobreza de las letras y de las artes revela la orfandad del pensamiento; la angustia en el orden moral es evidente manifestación de que el hombre se olvidó por entero de su función propia, de su actividad esencial: pensar.

Una revista psicológica francesa, traía en días pasados, el estudio de un reputado hombre de ciencia, en el que sostenía cómo la causa de la inundación de crímenes, de suicidios, de iniquidades de toda laya, no puede ser otra que el escepticismo con que el hombre moderno mira los conceptos trascendentales de la vida interior: Dios y la conciencia. Un ser humano sin esos dos sustentáculos se encuentra desarmado ante las grandes tempestades de la vida, y así, desequilibrado, casi enloquecido, o arremete contra el prójimo como una bestia brava o huye como un animal herido.

En la tercera parte se estudia el problema de la supervivencia personal, del más allá del inevitable desenlace de la muerte. Innecesario parece comentar brevemente esos capítulos de la obra; contentémonos con citar a la letra unas pocas líneas de la conclusión, síntesis del magnífico ensayo. "Sólo el que mide los años del curso temporal de la vida, se lamenta de su brevedad; sólo el que teme la muerte querría volver a la juventud y siente temor a la vejez; él pierde el tiempo al contar los pocos años o meses que lo separan de la muerte; mientras el que rescata el tiempo en el espíritu y en la prueba, quiere vivir acercándose cada vez más a sí mismo, a su personalidad plena, no mira hacia el pasado, sino hacia el futuro, al YO de mañana, que es más que el Yo de hoy, más verdadero, más libre. El ve en la muerte la realización suprema de su persona, el ápice de la prueba, el éxito del viaje, el máximo de la fidelidad y de la adhesión al *Ser* y de la plenitud de sí mismo en el *Ser*."

Ojalá que las sencillas páginas presentes tengan la virtud de ganarle muchos lectores al egregio pensador Miguel Federico Sciacca.